

DANIEL COSÍO VILLEGAS

(1898-1976)

Así ACOSTUMBRABA IRSE de las reuniones inútiles, de las conversaciones aburridas, y aun de las empresas que había creado cuando las consideraba lo suficientemente maduras. Sin avisar, sin despedirse, descortésmente. Desaparecería y con ese solo acto emplazaba a los charlistas a ser más sustanciosos o amenos en la siguiente ocasión; así también responsabilizaba a sus herederos institucionales a hacer las cosas bien y pronto, sin contar ya con esa tutela suya que jamás descendía a la protección o la condescendencia. Era un padre creador de futuros padres. Practicaba el desahije siempre a tiempo. Sus despedidas eran encuentros, la etapa última y necesaria en un proceso creador de hombres y cultura.

Por eso, quizá, hay tanto en su muerte que nos impide abandonarnos a su muerte. Habitamos demasiado un mundo construido en gran medida por él: libros, revistas, artículos, escaparates, proyectos, investigaciones, ideas, opiniones y hasta chismes; cada uno de nosotros tiene algo del tronco inicial de Cosío Villegas. Esta misma revista, páginas adelante, lo encuentra narrando sus "memorias", y miles de páginas atrás, lo sorprende escribiendo la primera línea fundadora. "Vivía para adelante" como decía Ortega, y procuró siempre inyectar ese principio dinámico en los que lo rodeaban. En la pasividad, en el silencio está la muerte. La suya nos ha dejado a la intemperie pero, gracias a él, también andando.

No fue sólo la energía que imprimió en obras y gentes, la que desvanece el abandono sentimental ante su ausencia. Es también el ejemplo de su estilo personal de ser estoico. En él, la pasión no halló nunca la salida fácil del sentimentalismo. Su pasión se anudaba en sí misma como savia individual y secreta. Sus momentos de dolor germinaban internamente. Nos lo demostró un día de 1970 que debió ser el más terrible de su vida: se presentó a clase y nos habló del

Porfiriato; diez minutos antes de concluir se disculpó con nosotros por tener ciertos “asuntos personales” que atender. Luego supimos que esos “asuntos personales” eran el acudir al aeropuerto a recoger el féretro de su hijo Gustavo que acababa de morir en los Estados Unidos. Desgarrado por dentro, jamás se permitió traicionar a la vida y siguió —según su propio testimonio— “haciendo lo que sabía”.

Las riquísimas paradojas de su vida, encuentro difícil entre el saber y el poder, son también acicate que nos inquieta y nos obliga a seguir. Pocos como él tuvieron tal sentido de la importancia del poder, de sus límites y excesos. Pocos como él lo estudiaron, conocieron, lo desearon quizá. Nada le preocupaba más en sus últimos días —según me decía con vehemencia— que la política, y no otra cosa fueron sus últimos libros y ensayos, terribles y juguetonas dagas escritas, reminiscencias de aquel Montalvo que mataba gobernantes con la pluma. Hacer política... él que vivió tantos años aislado tras las fichas, la prensa periódica, los libros, haciendo libros propios y ajenos, cuidando ediciones, construyendo la república de las letras sumergido en una vida vicaria, nostálgica y desdeñosa a la vez, de la otra. Por eso quizá le cautivaba aquel dicho: “Si los jóvenes supieran, si los viejos pudieran”.

Su humor también nos mueve, nos responsabiliza, nos pica y salpica. Humor abierto, fresco, ingenioso; humor cuesta arriba, ajeno al resentimiento y al cinismo. Humor, no malhumor. Como él, como su risa, su humor no se daba por entero sino que se parapetaba en la reticencia. Alegre humor que nos advierte:

... no permitas, aun a costa de tu vida, que desaparezca su aspecto sonriente, alegre, único que ha reconfortado al mexicano de las muchas penalidades que ha padecido y de las que aún le aguardan. No consentas, en suma, que México caiga en la situación de la Francia actual, que describe con tanto dolor doña Françoise (G.): la imaginación sin alimento, el impulso sin objeto, el porvenir sin color, el cielo sin la estrella en que enganchar un carro para volar al infinito.

Incógnita y transparencia, soledad y comunión, en su muerte, don Daniel es más que nunca un principio de vida. Su obra, sus escritos, su vida, su recuerdo nos llaman a entender a entenderlo, a entendernos. Nos empujan a "hacer lo que sabemos" y a hacerlo bien. Su muerte, acosada por su vida, es su última lección, la definitiva.

Enrique KRAUZE

